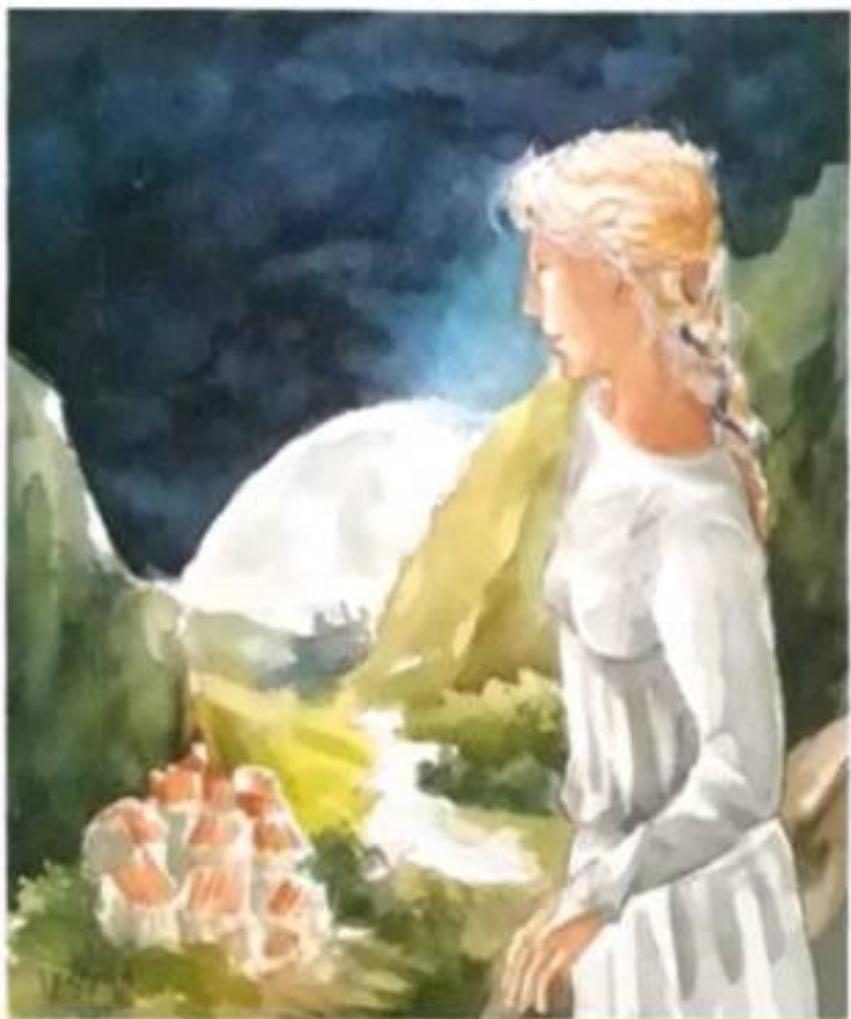


ala delta

Blanca ÁLVAREZ

**LA ÚLTIMA BRUJA
DE GUIZARRIÁN**



El padre de Elsa tiene una extraña enfermedad de la que parece no poder curarse. Su amiga Itziar –que cree que aún existen las brujas– los conduce al bosque donde vive Soliña, con la esperanza de salvarlo.

Blanca Álvarez es periodista y escritora. En *La última bruja de Guizarián* se acerca al mágico y misterioso mundo de lo desconocido.

Para Iria, mi hija.

Índice de contenido

Cubierta

La última bruja de Guizarrián

En el valle de Guizarrián

La leyenda

La noche de los cuchillos

El castigo de las brujas

El permiso

Soliña

El secreto de los espejos

Frente al espejo

El príncipe que quiso perder la memoria

El rostro de Manuel

La vuelta

En el valle de Guizarrián

GORKA se levantó con el sueño aún pegado en los ojos y, como todos los días, se asomó para comprobar que llovía de nuevo. Parecía que, aquel verano, los baños en el río iban a estar pasados por agua. A él le gustaba la lluvia y ni siquiera le importaba bañarse sintiendo sobre su cabeza aquel suave chirimirí que incluso resultaba más cálido que el agua del río. Lo malo era que Elsa no estaba acostumbrada y nunca se decidía a bañarse sin sol.

—Pues, nada, otro día sin río.

Elsa era nueva en Nasarte, uno de los catorce pueblos del valle de Guizarrián. Había venido con su padre apenas un mes atrás y se había hecho inseparable de Itziar, prima de Gorka. El muchacho había aprovechado esta amistad para estar cerca de aquella chica que le gustaba casi tanto como jugar con su ordenador.

Se quedó apoyado en la ventana observando la bruma sobre el monte Estela Goda. Cuando Gorka lo veía así, envuelto en nubes grises, le venía a la memoria la leyenda de la bruja y pensaba que el señor Rocavera, padre de Elsa, nunca terminaría el proyecto de la urbanización que se habían propuesto construir en la falda del monte.

Desde que los más viejos del lugar recordaban, nadie en todo el valle de Guizarrián pisaba más allá de una vieja piedra de dos metros de altura que aún conservaba restos de una inscripción milenaria cuyo alfabeto seguía siendo desconocido. Aquella había sido tierra de brujas y ahora, todos los veranos, llegaban turistas con cámaras de fotos y

vídeos, dispuestos a disfrutar de la última leyenda sin desmentir. Tal vez por eso, alguien había ideado un buen negocio en la construcción de un complejo turístico en la ladera del Estela Goda.

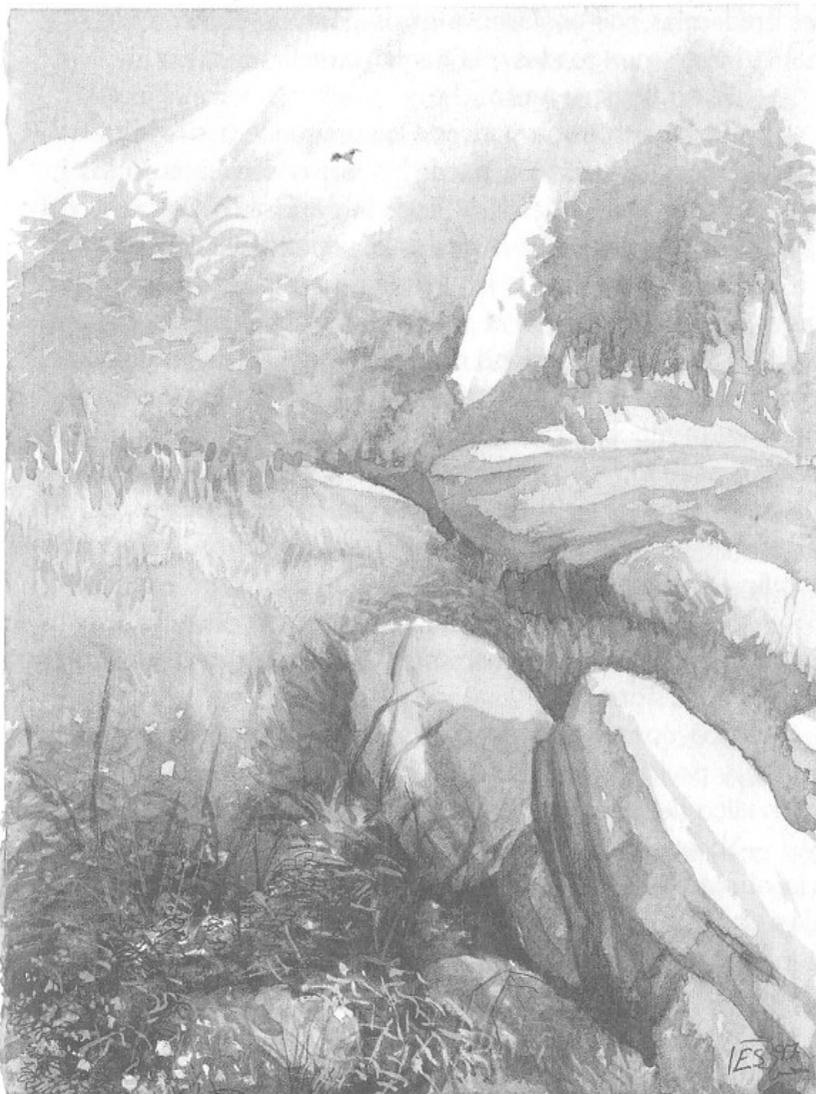
Sin embargo, cada vez que alguien cruzaba más allá de la gran piedra que hacía de frontera, solía sufrir pequeños accidentes. Algunos pasaban tanto miedo que dedicaban el resto de las vacaciones a pescar en el hermoso río o a buscar y disfrutar de otros lugares menos arriesgados.

Nadie había visto jamás a las brujas. Ninguno había muerto por haber cruzado más allá de la frontera marcada con la gran piedra. Pero tampoco ninguno de quienes la habían pasado quedaba con ganas de repetir la experiencia.

Al contrario que su prima Itziar, Gorka no creía en la leyenda, pero también la había escuchado desde siempre. Aún le parecía oír la voz de su abuelo repitiendo después de cenar:

Nunca se debe romper un pacto.

Según recordaba el muchacho, los habitantes de Guizarián habían llegado a un acuerdo con las brujas del Estela Goda: ellos respetarían su último territorio y ellas velarían por la salud y la prosperidad de sus vecinos. Cierta o no la leyenda, la verdad era que el valle de los catorce pueblos no había padecido las epidemias que asolaron a otros pueblos, sus cosechas no se habían visto menguadas y la gente parecía vivir feliz.



—¡Si no lloviera tanto...!

Y Gorka suspiraba pensando que, aquella mañana, tampoco irían al río y volverían a pasar las horas escuchando las historias de Itziar, quien desde la llegada de Elsa, se había nombrado a sí misma portavoz de todas las leyendas del lugar.

Fantasía o realidad, la leyenda no era un asunto que inquietase ni a Gorka ni a los vecinos de Guizarrián, pues no sentían ninguna necesidad de pasar más allá de la gran piedra. Sin embargo, todos los intentos del señor Rocavera, Manuel para los amigos, de llegar a conocer la totalidad del terreno habían acabado en pequeños desastres: o volvía con una pierna hinchada por el roce de unas hierbas autóctonas parecidas a las ortigas, aunque más pequeñas y traidoras, o se torcía un tobillo entre alguna piedra.

—Si sigo así, jamás podré terminar el proyecto —solía lamentarse, casi con resignación, cada vez que regresaba de una de sus incursiones.

Estaba convencido de que, con el tiempo, cesaría su mala suerte y podría acabar su trabajo de planos y medidas, mientras el médico del pueblo le hacía las curas de las molestas picaduras.

—Yo que usted lo dejaba... —le recomendaba con insistencia el médico, un viejecito a punto de jubilarse que había ayudado a nacer a casi todos los vecinos del pueblo.

—¿No me irá usted a decir que también cree en esa leyenda de la bruja?

—Hombre, creer, creer... Pero ¿no piensa usted que estaríamos mejor sin ese famoso hotel que proyecta su empresa?

—¿Está usted en contra del avance, amigo mío?

—A mí no todos los avances me parecen buenos.

Manuel Rocavera solía sonreír al viejo médico, y no le gustaba discutir las tradiciones del lugar.

La que sí se preocupó en conocer la leyenda que parecía frenar el trabajo de su padre fue Elsa.

—¿Qué leyenda es ésta? —preguntó un día que descansaban bajo un árbol del paseo en bicicleta.

—¿No la conoces? —se sorprendió Itziar, feliz por tener alguien ante quien exhibir sus profundos conocimientos sobre las brujas del lugar.

–¡Venga ya, Itziar, que estamos casi en el siglo veintiuno! –protestó Gorka.

Su protesta no sirvió de mucho frente al interés de Elsa y el entusiasmo de su prima, quien, de inmediato, propuso ir a su casa para enseñarle a la chica nueva todos los libros que ella había ido coleccionando sobre la leyenda de las brujas.

–¿Nos acompañas, Gorka? –preguntó Elsa.

–Mi primo no cree...

–Os acompaño –intervino Gorka, antes de que su prima acabase de contar sus propias teorías sobre lo que él opinaba acerca de las brujas.

El muchacho hubiera preferido invitarlas a jugar con sus nuevos programas de ordenador, un territorio en el que se sentía seguro y capaz de deslumbrar a Elsa. Pero tampoco estaba dispuesto a perderse su compañía. Así que se tragó sus opiniones sobre leyendas y territorios prohibidos, y pedaleó junto a ellas en dirección a la casa de Itziar.

La leyenda

ITZIAR estaba pletórica. Por fin encontraba a alguien interesado en conocer las viejas leyendas que los abuelos repetían desde siempre a sus nietos, para que éstos a su vez, se la repitiesen a sus hijos y a los hijos de sus hijos. A ella la fascinaban. Como si fueran las mejores novelas que jamás se hubieran escrito. Elsa mostraba un gran entusiasmo. Y Gorka sentía algo parecido a los celos por no ser él quien provocara su entusiasmo.

–Y tú, ¿cómo sabes tantas cosas? –preguntaba Elsa embobada.

–Pues, escuchando las historias de los viejos... De algunos, porque no todos quieren contar lo que recuerdan o lo que les contaron sus abuelos. Ya sabes, tienen miedo a que sus nietos se rían, o prefieran ver la tele pensando que estas historias son sólo supersticiones.

–¿Y no lo son? –preguntó Elsa.

–Pues claro que lo son –se atrevió a decir Gorka–. Pero como resultan beneficiosas para el turismo, ahora se pondrán de moda. ¿Qué te apuestas?

–Ahora serán moda –añadió Itziar mirando a su primo como si deseara retirarle la invitación–, pero no hace tanto que podían meterte en un lío si hablabas de ellas.

–¿Por qué en un lío?

Gorka casi podía repetir lo que contestaría su prima. Lo sabía ya de memoria, de escucharla tantas veces. Pero prefirió guardar silencio para no provocar más antipatías.

–Pues, porque significaba poner en cuestión el poder de las leyes y hasta de la Iglesia...

–Pero...

–Mira... –Se impacientó Itziar– antes de seguir preguntando, déjame que te enseñe mi libro y luego preguntas lo que quieras. Lo que hay en ese libro es lo que me contaron y lo que yo misma he podido ir entresacando de la biblioteca de Pamplona cuando visito a mis tías. Por cierto, a partir de este curso tendré que vivir con ellas para seguir estudiando, aunque no tengo muy claro lo que me gustaría hacer. Probablemente algo relacionado con la historia. Pero mi familia está convencida de que esos estudios no tienen mucho futuro.

–Pues yo creo que uno debe dedicarse a lo que le gusta –dijo Elsa como si defendiera la vocación de su nueva amiga.

–Eso pienso yo –concluyó satisfecha Itziar.

Y, para ratificar la decisión, continuó hablando entusiasmada, mientras los tres subían la cuesta que los llevaba hasta la casa de Itziar.

El único consuelo de Gorka era que su tía Paulina siempre tenía a mano unos dulces de manzana exquisitos, y no regateaba porciones. Gorka era capaz de casi todo por los dulces de su tía.

Dejaron las bicicletas al resguardo del zaguán y se dirigieron a la buhardilla después de pasar por la cocina para recoger algunas porciones de tarta.

Itziar tenía montado una especie de «estudio de los horrores», como solía llamarlo su primo, con todo lo que ella consideraba piezas de artesanía y de estudio: libros de brujería, viejísimos o de reciente edición; mapas polvorientos; y cientos de cosas más o menos vinculadas a su afición por la historia, y en particular, por la historia de las brujas.

Se sentaron sobre una vieja alfombra de lana de aquellas que tejían las bisabuelas para escuchar historias. Vien-

do aquel «almacén de antiguallas», Gorka se convenció de que su prima estudiaría como mínimo arqueología... Tal era su pasión por todo lo antiguo. «O se irá directamente a una escuela para brujas», se dijo, mientras terminaba su primera ración de tarta.

–*En el año del Señor de mil y quinientos y dos...* –comenzó a leer, con voz grave, Itziar.

–Oye, ¿y por qué, mejor, no lo lees en cristiano y además quitas toda la paja literaria? Si no, nos haremos viejos escuchándote...

–Gorka, hijo –le contestó su prima, recalcando la palabra «hijo»–, qué poco poético resultas.

–Lo mío son los ordenadores... –dijo el muchacho a modo de disculpa.

–Pero eso no está reñido con la historia, ni con la literatura –Elsa se ponía abiertamente en defensa del relato–. Para todo existe un momento.

–Y si no, te largas –concluyó Itziar.



Gorka decidió quedarse y escuchar de nuevo la historia de las brujas del Estela Goda y de cómo, al principio, ocupaban todo el valle de Guizarrián, Nasarte incluido. Le gustaba estar cerca de Elsa, contemplar su cálida sonrisa y su larga y preciosa melena rubia, la más rubia y hermosa que recordaba haber visto en su vida.

En el año mil quinientos dos, llegaron al valle de Guizarrían cien soldados enviados por el rey de Castilla, junto con un inquisidor, un sacerdote adjunto y dos legos, para que tomasen nota de los juicios que habrían de seguirse contra cuatro mujeres acusadas de brujería. Se les acusó de cosas terribles, aunque las gentes del pueblo nada tenían contra ellas, pues, según contaron al fraile inquisidor, sólo a sanar enfermos se dedicaban y vivían en el monte buscando hierbas para aprender sus propiedades, que lo mismo servían para curar un cerdo enfermo que un cristiano moribundo.

De nada sirvieron los testimonios de las gentes del lugar. Las torturaron y luego las quemaron para, de este modo, salvar sus almas.

–Curiosa manera de salvar el alma –advirtió Elsa.

–Muy propio de los tiempos –dijo Gorka, feliz de poder intervenir–. Yo vi una vez una exposición de los instrumentos de tortura. Cuesta imaginar que aquellos potros, aquellas máscaras de hierro..., pudiesen ser utilizados en nombre de la justicia.

–Pero ¿por qué justamente aquí? –quiso saber Elsa, que había quedado muy impresionada.

–No fue solamente aquí. La persecución de brujas, brujos y marranos...

–¿Marranos...? –A Elsa se le atragantó el pastel con la risa.

–Marranos eran antiguos judíos convertidos al cristianismo –explicó Itziar, con aires de entendida.

–¡Ah! –Y Elsa abrió los ojos como platos, admirando los conocimientos de su nueva amiga.

–Para que entiendas mejor el proceso de mil quinientos dos, tendré que contarte algo de nuestra historia...

La historia nunca había sido la asignatura favorita de Gorka, que se mareaba con tanta fecha y tanta lista de reyes. Pero Itziar era capaz de leerse hasta la letra pequeña

de las enciclopedias. Para ella, la historia era una aventura apasionante en la que aún quedaban muchas cosas por descubrir. Por eso conocía mejor que nadie el pasado, las tradiciones, las verdades y las medio verdades del lugar. Y, al poco rato de escucharla, conseguía que su relato despertara más interés que una buena película.

Muy segura de sí misma y de su capacidad para entusiasmar a cualquier público, se levantó, colocó un viejo mapa sobre la alfombra, y fue contando:

Ésta es una copia que yo misma hice de un antiquísimo mapa que marcaba los Fueros de las Catorce Villas. Durante el siglo XI, existían en España dos zonas de su territorio que parecían haber escapado a la noche de la ignorancia y vivían en paz, justicia, cultura y armonía. Una era el califato de Córdoba; otra, el Langue d'Oc y el reino de Navarra. Ambos reinos defendían su independencia y libertad, batallando de continuo con quienes intentaban apropiarse de su territorio. Pero, sobre todo, vivían para la poesía, la música y las ciencias.

Las Catorce Villas dependían de una ciudad cercana al monasterio de Estela de la que hoy no quedan ni las ruinas. Nasarte, que era una de esas catorce villas, gracias a la audacia e intrepidez de un conde, Bernardo el Rojo, así llamado por su cabello rojizo, consiguió la independencia para dictar sus propias leyes y ejercer justicia sobre las villas dependientes de su castillo.

Tenían estas gentes curiosas costumbres recogidas en libros e incluso grabadas en piedra para que nadie las olvidase. Entre muchas otras, destacaban dos: una de ellas era el respeto a ciertas mujeres que, desde la infancia, habían demostrado tener una especial capacidad para aprender los secretos de la naturaleza y hacer curaciones con plantas, emplastos y bebedizos. Estas mujeres privilegiadas eran las sanadoras, respetadas y admiradas por las gentes de los pueblos. Otra tradición consistía en que ningún se-